



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XV.

DIRECTORA,

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 23 de Octubre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La madre cristiana, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Esperanza**, poesía, por D. Francisco Jimenez Campaña.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El reloj de la conciencia**, poesía, por Fr. G. Benito Feijóo Montenegro.—**El palacio de Montsabrey**, novela.—**Seccion infantil**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MADRE CRISTIANA.

Las horas del hombre están contadas sobre la tierra.

La vida es una peregrinacion que concluye al pié del sepulcro: un breve día cuyo sol llega bien pronto al ocaso, hundiéndose en él para siempre, sin hallar como el astro del día un risueño Oriente donde empezar á brillar de nuevo.

El delirio de la existencia humana; el vértigo que nos arrastra en este mundo, concluyen como el delirio y el vértigo del agitado Carnaval, con un *Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te convertirás.*

Y ¿qué es la vida sino un fantástico bai-

le de máscaras, en el cual, y cubiertos todos con el oscuro é impenetrable antifaz de la apariencia, adopta cada uno el disfraz que más cuadra á sus intereses, á sus deseos, á sus aspiraciones ó á su ambicion?

El charlatan osado se hace un manto con los girones que arranca á la ciencia del sabio, y quiere pasar por tal halagando las malas pasiones, y adulando á aquel que le escucha.

El infame estafador, el miserable usure-ro se cubren con el traje del hombre honrado, y pretenden engañar al mundo, que les mira alucinado, á través del prisma de su gigante audacia ó de su brillante oro.

La ingratitud se disfraza de lealtad; el vicio de inocencia.

La impúdica mesalina oculta su frente bajo el velo de la vírgen pudorosa; los mendigos de levita se envuelven en los vestidos del señor opulento y noble, y todos en fin, procurando aparecer lo que no son ni nunca fueron, representan su estudiado papel en la enmarañada comedia que se llama «la sociedad.»

Pero concluye la farsa, se rompe el dis-

fraz, la careta desaparece, y llegamos á un punto en el cual nos mostramos tal como hemos sido á la radiante y pura luz de la divina verdad.

¿Qué son entonces las vanidades, los honores, los aplausos del mundo? Pasajeros y azulados fuegos fatuos, flores de un día, ecos y murmullos perdidos que vienen á apagarse en el tranquilo silencio de una tumba.

Voltaire, Lutero, Calvino; todos sus tristes y alucinados imitadores, ¿qué tienen hoy de esa mentida gloria con que les rodeara en vida una ciega y enloquecida multitud?

¿Dónde está el rumor del entusiasmo que inspiraron á sus pobres é ignorantes secuaces? ¡Oh! que en derredor de su sepulcro todo es aislamiento, frío y silencio, no alterado jamás por el sonido de una bendición ó por los dulces ecos de una plegaria cristiana!

Solo al pié de la Cruz; solo á la sombra divina del árbol de la redención, duerme el hombre su postrer sueño, protegido por los ángeles y hallando iluminada su noche eterna por la suavísima luz de la esperanza celestial!

Solo el catolicismo, esa religion de amor y paz que un Dios legó á los hombres desde la elevada cumbre del Calvario, hace que nuestro destino no termine al llegar el postrer día de nuestra existencia: hace que el hombre tenga un fin más alto que el que le conceden los ateos y los impíos; tenga un porvenir inmenso tras la nada de este mundo y un mundo de venturas y esperanzas tras la nada del sepulcro.

¡Ay! si en medio de los festines, de los banquetes, de los saraos, de las ovaciones, vieran algunos de esos que blasonan de incrédulos, el dedo de la muerte señalando su frente; vieran escrita sobre ella la sentencia de un próximo fin, tal vez abjurarian de sus errores, tal vez comprenderian que la vida termina en una inmortalidad, y que si esa vida ha sido culpable y sembrada de extravíos, esa inmortalidad será espantosa y terrible.

Solo á la madre cristiana, solo á ese ser cuyo dulce modelo está más alto que la vista del hombre, está en el cielo, le fué reservada la gloria de poner un dique á la impiedad, al error, á la duda!

Solo ella grabando en el alma de sus tiernos hijos la fe segura, las divinas creencias, podrá apartarles más adelante de ese grosero materialismo con que mancha su

alma y oscurece su eternidad el soplo del ateísmo, al cruzar la carrera de la vida.

Cuando nuestro espíritu desciende de su patria inmortal, del cielo, y llega á la tierra para cumplir su peregrinación en ella, trae aún algo de su origen celeste, algo de su divina esencia, algo de la pureza y la inocencia que le prestó al animarla, el aliento supremo de un Dios.

Los ángeles al bajarle en sus alas, confían aquel purísimo tesoro, aquel sagrado depósito en las manos de la madre, y murmuran á su oído dulces palabras que acaso les ha enseñado la Reina amorosa de cielos y mundos.

Y esas palabras, sonando en su alma como una eterna melodía, repiten allí sin cesar. «Haced cristianos á vuestros hijos, enseñadles á amar, esperar y creer, enseñadles á invocar á la Virgen María y á cobijarse á la sombra de la santa cruz. Dios sea su anhelo, Dios su principio, Dios su fin, y si la vida de la materia es perecedera y frágil, la vida de sus almas será eterna, inmortal y llena de gloria.»

Madres cristianas, escuchad esa voz del cielo, escuchad también la voz de una pobre mujer que nada sabe, pero que cree y adora, que espera y confía.

La religion aguarda su triunfo de las madres católicas; corresponded á sus esperanzas: obreras de la fé, obreras del bien y la virtud, vuestra misión es larga, pero segura y gloriosa: cumplidla sin vacilar, puesto que se reduce solo á educar hijos cristianos.

La existencia, como os dije al empezar, es una flor de un día, pero cercada á veces de espinas, y regada á veces con lágrimas.

Dichosos ¡ay! dichosos mil veces los que al sentirse heridos por los abrojos del camino alzan á los cielos sus fatigados ojos y pueden decir: «¿Qué importa si el corazón padece, si las pupilas derraman llanto? la existencia es un sueño, la materia es nada y tornará á su nada mañana, mientras el espíritu, que es inmortal, volverá á los cielos libre y purificado, porque el dolor purifica.»

Dichosos, sí, dichosos los que no se aterran ante la idea del más allá; los que en la noche del no ser distinguen una aurora precediendo al eterno día; los que en la vida ven un tránsito y en la muerte una esperanza; los que durante los momentos de su paso por el mundo recuerdan sin cesar que las vanidades, los oroveles, las ilusio-

nes y grandezas terrenas son humo vano, y que solo hay de cierto las creencias, las virtudes y las sagradas promesas en que aprendieron á creer en el amante seno de una madre cristiana.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

ESPERANZA.

Yo, como el ave en la region del viento,
Sin rumbo fijo por la tierra voy;
No tengo hogar, doquier la planta asiento;
Hollando abrojos por mi mal estoy.

Como el antiguo trovador yo soy,
Siempre cantando y con pesar violento;
Si pena al corazon le aflige hoy,
Cuitas mañana llorará sin cuento.

Mas la vida es relámpago que brilla,
Estela que en la mar limpia y serena
Deja en su marcha la fugaz barquilla;
Esta idea de gozo me enagena,
Ver á la muerte de la vida á orilla,
Y allá la patria á la desdicha agena.

Francisco Jimenez Campaña.

ISOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion).

VIII.

Ricardo, por orden de su padre, y cumpliendo con un deber de sociedad, habia ido á visitar al rico banquero, que le acogió con una amabilidad y una franqueza excesiva.

Ligadas por los lazos del mútuo interés, aquellas dos familias, debia el jóven continuar frecuentando la casa del señor de Montalvan, en cuyas manos estaba depositada la mitad de su fortuna.

Dervil tenia una alta idea de la probidad y la honradez del banquero, y le trataba con una distincion, á la que su bondad para con él añadió desde aquel dia los dobles lazos de la gratitud y el aprecio.

Cuando Héctor le presentó á su hija, el jóven quedó admirado de la purísima hermosura de Fanni, la que le recordó á Elena, por una vaga semejanza de que en vano hubiera tratado darse cuenta.

Ambas jóvenes tenian los cabellos de color de oro, la frente blanca y tersa como la perla, y la misma expresion virginal y cándida en la mirada.

En el color de los ojos, sin embargo, habia una notable diferencia: Elena reflejaba en los

suyos el diáfano color del cielo; los de Fanni eran negros como la noche y brillantes como un lucero. Tambien en su aspecto y en sus ademanes eran opuestas en un todo: la hija de la pobre Consuelo era tímida, sencilla, y en su bello semblante se notaba siempre una tinta de vaga melancolía producida por la desgracia de sus primeros años, por el recuerdo de su madre muerta sobre el lecho de un hospital, y por una educacion modesta y solitaria, al lado de un anciano y de una vieja servidora. La rica y opulenta hija del banquero, mimada por la suerte, acostumbrada al lujo y la riqueza, tenia por el contrario un aire lleno de elegancia exquisita y de aristocrática distincion que añadian nuevo realce á los encantos de su persona. Dichosa desde su niñez, teniendo solo en derredor felicidad y bienestar, viendo satisfechos sus menores caprichos, aun antes de manifestarlos, era viva y graciosa como un dia sin nubes, y sonreia sin cesar, animando y embelleciendo con su alegría cuanto tenia en torno de sí.

Ricardo, pues, se sintió atraído hácia ella, primero por su parecido con la mujer á quien amaba; despues por los encantos de su talento, por su brillante educacion y por la animacion de su viva y amena conversacion.

Cuando se separó de ella, despues de prometer formalmente al banquero que asistiría con ellos al teatro, se dirigió á casa de D. Martin, pues aquel dia aun no habia visto á su amada.

Al penetrar en la pequeña salita de Elena, encontró á esta amante y enamorada como siempre, pero un poco más pálida que otros dias.

Su anciano abuelo leia junto á una mesa, y Dervil pudo acercarse á la jóven y cruzar con ella algunas furtivas palabras.

—¿Qué tienes? la dijo con cariño; te hallo más triste que otras veces.

—Te engañas, murmuró la niña, y ahora sobre todo que te veo aquí.

—Perdona si hoy he tardado más que otros dias; mi padre me ordenó que visitase á nuestro banquero que acaba de llegar de Inglaterra, y con el cual le une una estrecha amistad. He tenido que complacerle y esto ha sido causa de...

—Segun eso, nuestros nuevos vecinos vienen de tu patria?

—Sí.

—Y esa jóven tan hermosa con quien paseabas hace poco...?

—Es la señorita Fanni de Montalvan, su hija,

—Es muy bella.

—No tanto como tú.

Elena dió gracias á su amante por aquellas palabras y despues añadió con un acento tímido y pausado:

—Al verte en esa casa, no sé por qué he sufrido mucho. Buscaba tus ojos y tus ojos huían de mí. ¡Yo hubiera sido tan feliz con una mirada, con una sonrisa tuya!

—Ya ves que esto hubiera sido una inconveniencia; que esto hubiera sido casi vender el secreto de nuestro amor.

—Tienes razon, murmuró Elena tristemente. Despues, sin ser en su inexperiencia dueña de ocultar sus emociones:

—Y vas á volver muy pronto á visitar á tus nuevos amigos?

Ricardo no advirtió la ansiedad de Elena al pronunciar estas palabras: no adivinó el mar de dudas y celos que se agitaba en su alma, y contestó con una perfecta tranquilidad:

—Esta noche estoy invitado para asistir al teatro con ellos.

—Y... ¿vas á ir?

—Sí, es forzoso; debo corresponder á la bondad con que me tratan; además, mi padre sentiría que fuese con ellos descortés.

Elena nada respondió, pero inclinó la cabeza para ocultar una lágrima.

Dervil no vió ni adivinó aquella gota de llanto, pero al cruzar despues sus miradas con las de la pobre niña, le parecieron sus ojos menos bellos porque estaban enrojecidos; sin embargo, la amaba como siempre.

Cuando se separaron, ella le despidió con su dulce sonrisa, pero aquella sonrisa era más fria que otras veces.

Al bajar la escalera,

—¡Qué amante y hermosa es! pensaba Ricardo; ¡qué lástima que no posea la distincion y la seductora gracia de la señorita de Montalvan!

(Se concluirá.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL RELOJ DE LA CONCIENCIA.

Conciencia, reloj viviente
que en el espíritu humano
fabricó con sabia mano
artífice omnipotente:

pulsa, suena indeficiente,
pues que sirve, bien oída,
esa máquina regida
en su más tranquila calma,
de despertador del alma
y de muestra de la vida.

Tu artificio es singular,
pues del tiempo dilatado,
más que el presente, el pasado,
aciertas á señalar.

Para mí en particular
fué tu estructura precisa,
pues cuando, como va aprisa
su curso yo no advertí,
de las horas que perdí
la repetición me avisa.

Cuando del tiempo ligero
lo que ya viví repasas,
aunque veo que te atrasas,
no hay reloj más verdadero.
Ríñesme entonces severo
errores del albedrío;
mas fuera nuevo error mío,
sobre tanto desacierto,
achacarte el desconcierto,
cuando es mío el desvarío.

Noche y día, sin parar,
tu agitación misteriosa
un momento no reposa
ni me deja reposar.
¿Cómo no he de repasar
tu continua pulsación?
Ó ¿cómo á la distracción
lugar alguno le queda,
si los dientes de tu rueda
me muerden el corazón?

Fuerza es que siempre constante
nunca el curso un reloj pierda,
donde es la reflexión cuerda
y el pensamiento volante:
mas que tal vez se adelante
tu vuelo quiero deberte,
pues será feliz mi suerte,
si á mi atención prevenida,
en el día de la vida
das la hora de la muerte.

Tu aviso con igualdad
observaré diligente,
sabiendo que está pendiente
del tiempo la eternidad.
Y pues con tal brevedad
vuela el día que me alienta,
bien es advertas atenta
cuánto te importa, alma mía,
tener cuenta con el día
para el día de la cuenta.

FR. G. BENITO FEIJÓO MONTENEGRO.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

(Conclusion.)

Al concluir aquellas palabras se abrió la puerta de la pieza inmediata, y Lucila se arrojó en los brazos de su madre.

Federico habia asistido hasta el fin de aquella escena, y colocado discretamente en el hueco de una ventana, reflexionaba con amargura que ya no habria para él ningun sitio en aquella familia restituida á la felicidad. Nadie pensaba en él más que Turco, que le lamia las manos. Iba á retirarse cuando la señora de Montsabrey le dirigió algunas palabras afectuosas; acababa de saber que á aquel jóven debia el retrato de su hija. En la embriaguez de su júbilo no pensaba más que en darle las gracias, y no procuraba informarse por qué razon se hallaba en el palacio.

Despues de contestar con voz balbuciente, Federico se retiró y pasó el resto del día en andar solo por el campo y en visitar por última vez los sitios que tanto amaba y que llenaba la imagen de Lucila. Comió en una alquería y no volvió hasta el anocheecer. La casa del doctor estaba vacía, pues aquel no habia salido del palacio; Federico se ocupó inmediatamente en los preparativos de su viaje. Cuando estaba arreglando sus lapideros y pinceles, oyó l'amar á la puerta y quedó algun tanto sorprendido al ver en el umbral al vizconde de Montsabrey.

El vizconde, que generalmente pasaba por un caballero completo, tenia el semblante impasible, el aire frio y acompasado, una elegancia que no variaba jamás, una urbanidad tan esquisita que casi rayaba en impertinencia, un talento tan correcto y un saber vivir tan refinado, que despues de sufrirle una hora dejaba á cualquiera muy poco satisfecho; mas por otra parte era hombre galante, y una prueba de ello era su abnegacion con su cuñada y el cariño que profesaba á su sobrina. Entre otras pretensiones tenia la de ser aficionado á las artes é inteligente en ellas; pero á los artistas los reputaba como á una especie de animales que participaban del castor por la inteligencia, del iroqués por las maneras, y que Dios habia colocado en la tierra únicamente para pintar cuadros ó hacer estátuas. Solo la vista del sombrero de Federico le habia sumergido en el más profundo estupor. Al saber que aquel jóven hacia muchos meses que habia llegado á ser como un huésped del palacio, no pudo disimular su asombro y no imaginó más que una explicacion plausible para la permanen-

cia de Federico en San Mauricio, y fué la de que todo trabajo merece recompensa, y que aquel jóven no queria abandonar el país sin haber cobrado sus honorarios.

—Caballero, dijo el vizconde despues de saludarle y de sentarse á su lado: el doctor nos ha enterado de todo lo que habeis hecho por mi sobrina: siento sinceramente el no haberlo sabido antes. El tiempo es precioso para vos, y sin propósito deliberado hemos abusado de él extraordinariamente. Me complazco en reconocer que el retrato de Lucila es una verdadera maravilla. No tomeis estas palabras por un puro cumplimento: he recorrido la España, la Italia y la Bélgica, y confieso que he visto pocas pinturas que me hayan agradado tanto. Fijad vos mismo el precio de vuestro trabajo, y sea cual fuere, jamás creeré haber pagado demasiado cara una obra tan notable.

Al concluir aquellas palabras el vizconde sacó una cartera; Federico le habia escuchado sin comprenderle. Al ver abrir la cartera se le puso encendido el rostro y adivinó que tenia que habérselas con uno de esos hombres de mundo que creen que todos los servicios pueden pagarse con dinero.

—¿Es la señora de Montsabrey la que os envia, caballero?... preguntó con voz breve.

—Mi hermana se halla enteramente ocupada con su hija, y no ha pensado todavía en poder cumplir con vos. Permitidme, pues, caballero...

—Nada me debeis, señor vizconde, respondió con frialdad Federico; mi trabajo, puesto que así os dignais llamarle, se encuentra pagado en mucho más de su justo valor con el tierno é interesante espectáculo á que he asistido esta mañana. No quiero más recompensa que el júbilo y la felicidad de la señora de Montsabrey.

—Sin embargo, caballero...

—No insistais, señor vizconde, dijo Federico con un tono seco que no admitia réplica.

El vizconde conoció que acababa de cometer una torpeza, se levantó un poco confuso y se retiró redoblando sus atenciones.

—¿Á dónde diablos va á fijarse la altivez? decía empujando la verja del jardin. Desde que un emperador recogió el pincel del Ticiano, no hay rapazuelo que no se tenga por un gran señor.

Una hora despues volvió á su casa el doctor, y concluyó con su jóven amigo la velada, que era la última que debian pasar juntos. Federico habia resuelto llevarse consigo el secreto de su corazon, pero hubo un momento en que no pudiendo dominarse, ocultó su cabeza entre

sus manos y dejó correr sus lágrimas. El anciano conocía la causa de su llanto, no tenía necesidad de la confianza del joven, y le estrechó entre sus brazos durante largo tiempo.

—¡Ánimo, hijo mio...! le decía: que la conciencia del bien que habeis hecho os reanime y sostenga. Vuestro corazon no es el único que se halla lastimado; en la hora de vuestra partida no llorareis solo. Animo, mi querido Federico, sed fuerte por ella y por vos. Hay tres grandes doctores que aunque no firman recetas, curan más enfermos que toda la facultad de medicina; esos tres doctores que son el trabajo, el arte y el tiempo, os curarán, amigo mio. Llegará un dia en que el dolor que en este momento os anonada, no será para vos más que una imagen risueña, el más fresco y el más puro de cuantos recuerdos os habrá dejado la juventud.

Al dia siguiente, despues del medio dia, Federico, acompañado del doctor, se presentó en el palacio en traje de viaje. La señora de Montsabrey, Lucila, el vizconde y el cura, se hallaban reunidos en el salon.

—Señora, dijo despues de saludar respetuosamente á la señora de Montsabrey, sin atreverse á fijar los ojos en Lucila; vengo á despedirme de vos. Os soy ya inútil: he hecho ya el poco bien que podia haceros. El espectáculo de vuestra felicidad jamás saldrá de mi memoria: mi júbilo más dulce, mi más querido orgullo, será el pensar siempre que me ha sido dado á mí, que valgo tan poco, el ocupar un lugar en vuestra vida.

Á pesar de la firme resolucion de ocultar lo que pasaba en él, no pudo sostener su papel hasta el fin. Trabábasele la lengua y sus palabras se volvian confusas. Cuando volvía la cabeza para ocultar su emocion, vió dos lágrimas en los ojos de Lucila, y él mismo se sintió próximo á llorar.

—Con que partís cuando yo llego; caballero... le dijo la señora de Montsabrey, suplicándole que se sentase: lo siento mucho, pero no me extraña. ¡Hace tanto tiempo que no habeis visto á vuestra madre y á vuestra hermana!... Y además, los trabajos de vuestro arte os llaman á París, porque allí es en donde únicamente se adquiere nombradía. Me complaceria en teneros á mi lado, porque apenas me habeis dejado tiempo para daros las gracias, pero eso seria demasiada exigencia: quizá no os agradaria, y yo, caballero, jamás me lo perdonaria. Cada una de aquellas palabras penetraba en el corazon de Federico como una punta de acero. En su mudo dolor, acusaba á la señorita de Montsabrey de ingratitud y sequedad, y

en verdad que no era aquella la despedida que se habia figurado. Habia contado con la franca expresion de un sentimiento sincero, y no encontraba más que la urbanidad que da el trato de la sociedad.

Se levantó para retirarse; pero la señora de Montsabrey le detuvo y le obligó á sentarse. Poco á poco la conversacion tomó un giro más afectuoso y casi familiar; la señora de la casa preguntaba al artista acerca de su familia, sus primeras obras y sus proyectos, y cada respuesta de Federico la probaba que el buen doctor y el cura no habian exagerado nada alabando y ensalzando las cualidades de aquel joven. Lucila callaba; pero su semblante revelaba ansiedad. La señora de Montsabrey la observaba como al descuido, y á veces fijaba en ella una mirada que parecia descender hasta el fondo de su alma.

—Sin embargo, caballero, quiero pagaros una deuda, dijo interrumpiendo bruscamente el hilo de la conversacion. Sé que habeis rehusado las ofertas de mi hermano, y creo que me tratareis con menos rigor. No partireis, no podeis partir sin llevar una prenda de mi reconocimiento.

Federico, ofendido y casi humillado como la vispera al escuchar al vizconde, se levantó con la muerte en el corazon, y dirigió á la señora de Montsabrey una mirada de dolorosa reprension. Todos los personajes que presenciaban aquella escena se levantaron al mismo tiempo. Lucila, próxima á desfallecer y pálida como una mortaja, se apoyó en el brazo del doctor, que participaba en secreto del martirio de los dos jóvenes.

—Señora, dijo el pintor, permitid que me retire. El dia está muy adelantado, viajo á pié, y el punto donde he de pernóctar dista mucho de aquí.

—Al menos nos dispensareis, caballero, dijo el vizconde con cortesía, el obsequio de admitir un carruaje hasta la poblacion inmediata.

—Sois muy bondadoso, señor vizconde, contestó Federico, que no pudo menos de sonreirse.

—La señora de Montsabrey se acercó á él, y durante algunos instantes le estuvo mirando con una expresion de inefable ternura. Lo habia al fin comprendido y adivinado todo.

—Jóven amigo, dijo á Federico con voz tan dulce, que este sintió dilatarse el corazon; hay una recompensa que quizá no rehusareis; la única que puedo ofreceros, la única digna de vos. Hija mia, dame tu mano.

Sostenida por el doctor y por el cura, medio muerta y medio sonriéndose, Lucila se adelantó hácia su madre.

La señora de Montsabrey tomó la mano de su hija, la puso en la del joven, y uniéndolas les dijo:

—Los dos sois mis hijos.

El doctor y el cura lloraban.

El vizconde, impasible, no podía creer á sus ojos y á sus oídos.

La señora de Montsabrey se volvió hacia él y le dijo:

—¿No habíais pensado en ello?...

—Seguramente que no, contestó el vizconde.

—Pues bien, hermano mio, añadió con amabilidad, tendremos un artista en la familia.

El vizconde se mordió los labios y respondió con dignidad:

—Uno de mis antepasados conoció á Leonardo de Vinci y á Primitivo en la corte de Fontainebleau; nosotros hemos protegido siempre las artes.

—San Mauricio no ha sido ingrato, dijo el buen cura asiendo de las manos á Federico.

Porque el piadoso anciano no vacilaba en proclamar la intervencion del santo patrono en el feliz desenlace de esta historia.

Algunos dias despues, la familia de Federico llegaba al palacio de Montsabrey.

Federico se arrojó al cuello de su hermana, y conduciéndola á donde estaba Lucila:

—Partí, la dijo para reunirme un dote, y he encontrado en mi camino el amor y la felicidad.

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO.

EL MANTO DE NIEVE.

(Continuacion.)

Al recuerdo de su madre el corazon de la niña cristiana tembló con angustia en su pecho; pero despues, sobreponiéndose á esta emocion pudo decir:

—Mis padres ignoran que estoy en tu presencia; les he ocultado mi propósito, porque acaso su ternura se habria opuesto á él; pero cuando lo sepan, estoy cierta que preferirán verme morir á verme abjurar del Dios en quien me han enseñado á esperar.

Enfurecido Daciano, guardó silencio por un momento, revolviendo en su mente los más crueles pensamientos para vencer y quebrantar la firme resolución de Eulalia.

—Al fin cederás, exclamó al cabo: al fin cederás cuando el dolor nuble tu vista y trastorne tus sentidos.

Y mientras en sus labios vagaba una sonrisa terrible, hizo seña á uno de los verdugos para que se acercase, diciéndole á media voz:

—Colocadla en el potro hasta que sus huesos se disloquen, pero pronto, pronto y á vista del pueblo. Esto sofocará el deseo de seguir su ejemplo.

Los verdugos se apresuraron á obedecer en medio del más aterrador silencio.

Eulalia fué puesta en el tormento sin que sus labios pronunciasen una queja ni perdieran su dulce sonrisa.

—Si permanece ahí un poco más, dijo al oído de Daciano uno de los mismos verdugos; si permanece ahí un instante más, exhalará el último suspiro sin que puedas vencerla.

El enviado del emperador comprendió que aquel hombre tenia razon, y murmuró:

—Está bien, suspende la ejecucion, y entre tanto preparad hachas encendidas y aplicadlas á sus costados; esto la hará sufrir sin poner término á su vida.

Esta nueva orden fué obedecida con la misma rapidez que la anterior.

Ni una voz se alzó contra ella.

Solo un acento suave y puro se elevó en medio del terror general, pronunciando estas dulces palabras:

—Dios mio, dadme fuerza para confesar siempre la santidad de vuestro nombre.

Los verdugos agitaron las hachas para avivar su movible luz, y mientras unos sujetaban en alto los brazos de la tierna niña, otros se disponian á acercar á sus desnudas carnes la llama abrasadora.

Ya estaban próximos á ejecutarlo, cuando un grito terrible y desgarrador se dejó oír en un extremo de la plaza.

Aquel grito, arrancado sin duda del fondo del corazon, hizo estremecer á los circunstantes, porque en él se exhalaba el inmenso dolor de una madre, y el dolor de una madre conmueve con su infinita amargura hasta las entrañas de los mismos tigres.

—Hija, hija mia, dijo una mujer con angustioso acento, corriendo desolada hasta el centro de la plaza.

—¡Mi madre! murmuró Eulalia con honda afliccion, sintiendo penetrar en el fondo de su alma el acento de la recién llegada.

—Atrás, haced atrás á esa mujer, exclamó Daciano notando la emocion que la presencia de Eufrosina empezaba á producir en los circunstantes.

—¡Atrás! repitieron los soldados, interponiéndose al paso de la pobre madre, ¡atrás!

—¡No! dijo esta haciendo un violento es-

fuerzo; no, es mi hija, la hija de mi alma y ningún poder humano será capaz de separarme de ella.

Y rechazando á los soldados con violencia fué á caer á los piés de Eulalia, que fijó en ella sus ojos con ternura, mientras que por su mejilla corría una sola y cristalina lágrima.

Eufrosina besó con trasporte las manos, los cabellos, el puro rostro de su hija, y ante la embriaguez de verla á su lado, olvidó por un instante el sitio en que se encontraba y los inevitables peligros que la rodeaban.

Pero al tocar las esposas que sujetaban sus muñecas, al ver el aspecto aterrador de aquellos sayones que las cercaban, comprendió la terrible realidad, y loca de terror murmuró al oído de su hija, intentando cubrirla con su cuerpo:

—¡Ven, hija mia, huyamos de aquí: ocúltate entre mis brazos, que esos hombres no te vean, que no se acerquen á tí!

—Madre, dijo Eulalia con débil voz; madre, yo no puedo seguirte, mi suerte no depende de mí, está en la mano...

—¡Oh! sí, ya lo sé; exclamó con mayor angustia la triste madre, ya lo sé: aquel, aquel es el que puede volverte á mi ternura, continuó extendiendo sus brazos á Daciano: ven, yo le suplicaré, yo le pediré de rodillas que perdone á una niña, sin más delito que su inocencia, sin más culpa que su candor: ven, ven y...

Eufrosina estrechaba á su hija contra el corazón, y quería arrastrarse con ella hasta las plantas de su mismo tirano.

—Pero uno de los soldados se lo impidió diciéndole con aspereza:

—Ella no puede moverse de aquí, vé tú sola.

—¡Dejarla! ¡Oh! no!

—De lo contrario, cumpliremos las órdenes del prefecto.

Eufrosina sintió que las fuerzas le abandonaban, sus ojos velados por las lágrimas empezaban á perder la luz, y sus rodillas, temblando con mayor fuerza, amenazaban no poder sostenerla de pié por más tiempo.

Mas al pensar que acaso su ruego era el único medio de salvación para aquella hija adorada, quiso sobreponerse á todo, vencer su desfallecimiento para probar el último esfuerzo.

Quiso correr, quiso llegar á Daciano, y en su afán dió dos ó tres pasos para lograrlo.

Pero entonces un nuevo terror se apoderó de su corazón. ¡Si dejaba á su hija sola, sin su defensa, los verdugos podían cumplir su bárbara sentencia!

¿Qué hacer?

Y el tiempo volaba, y los instantes trascurrían.

Ni se atrevía á separarse de Eulalia, ni quería dejar de implorar para ella la misericordia de su juez.

Loca, desesperada, sin saber qué partido adoptar, paseó sus desencajados ojos por aquella turba de soldados.

¡Ni un rostro amigo, ni una mirada de compasión!

Entonces la infeliz, cogiendo el brazo del que tenía más cerca, le preguntó con violenta y nerviosa voz:

—¿Tienes hijos?

—Sí, le respondió aquel hombre estremeciéndose á su pesar.

Entonces, murmuró la infeliz con anhelo, entonces, júrame que no le tocareis hasta que yo haya rogado por ella.

—Pero...

—Júramelo, por tu amor de padre, por el primer beso de tu hijo.

Aquel hombre miró á sus compañeros y viéndolos conmovidos también,

—Ve, dijo muy quedo, pero pronto, Daciano no admite dilaciones.

La doliente madre corrió desolada, pero volviendo á cada paso la cabeza para mirar á la prenda de su alma y asegurarse de que el soldado cumplía su palabra.

III.

Eufrosina, con el alma cubierta de duelo, con el corazón hecho mil pedazos, llegó al lado de Daciano, y se arrojó á sus piés inundándolos con sus lágrimas.

Quiso hablar, quiso que los sentimientos y las esperanzas que agitaban su pecho acudiesen á sus labios, pero el dolor la venció por completo, la voz espiró en su garganta, y solo pudo pronunciar algunas vagas é incoherentes frases.

El prefecto, que desde el puesto que ocupaba había visto y comprendido parte de la verdad, creyó que aquella madre podría influir en el ánimo de Eulalia, y como su mayor deseo era vencer la voluntad de la noble niña, y hacer que en presencia del pueblo sacrificase á los dioses, fijó en Eufrosina su mirada, y la dijo con una voz menos áspera que de costumbre:

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMÁNO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.